

FÚTBOL Y DIÁLOGOS DE PAZ EN COLOMBIA.

Usos discursivos en la política y la publicidad durante las eliminatorias para el Mundial Brasil 2014

David Leonardo Quitián Roldán (Colombia)

Sociólogo y Magister en Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Doctorante, Universidad Federal Fluminense- UFF (Brasil). Profesor Universidad Nacional Abierta y a Distancia, UNAD (Colombia). Miembro fundador e investigador de la Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Socioculturales del Deporte, ASCIENDE. Miembro del Comité científico de ALESDE.

Resumen

Sin temor a equivocarnos podríamos decir que el fútbol y la política son, en ese orden, las dos grandes pasiones nacionales. Ambos son fenomenales productores de narrativas que son mediadas, recreadas y potenciadas por los medios de comunicación. Sin embargo, como suele ocurrir en la cotidianidad social, estos dos ámbitos no son autónomos ni excluyentes y muchas veces se entrecruzan e interceptan. Este artículo se ocupa de reseñar y comentar críticamente algunos usos discursivos que, desde la política, especialmente desde la emitida por el Palacio de Nariño, se han hecho del fútbol a través de algunos episodios asociados al conflicto interno y que podrían rotularse como significativos en la historia reciente del país.

La aparición del fútbol moderno en la arena política es algo que podría remontarse a sus mismos orígenes al ser una práctica que marcaba –en términos de Bourdieu (1988)- una distinción de clase y estamento por gestarse en el club aristocrático y luego, cuando se popularizó, al escenificarse en contexto público: las primeras canchas y luego los estadios que se convirtieron¹ en espacios ideales para mostrar apasionamiento por figuras locales,

¹ Claro que esa concepción tradicional de estadio y las maneras de ver el fútbol dentro de él y de alentar a los equipos en la cancha está mudando, como se comprueba en el drástico cambio de semblante de estadios como “El Maracanã” de Rio de Janeiro para atender las exigencias de la FIFA. Ahora se opta por un coliseo de menor aforo, menos integrado, más compartimentado (no hay graderías extensas), dónde hay más pantallas de televisión y “más seguridad” (cámaras de circuito cerrado, más policía) para el hincha-espectador y –en general- dónde se propicia el consumo. Ver nota central de “O Globo” (09/09/12).

para desfogar iras contenidas, reivindicar identidades y exigir visibilidades que sería imposible reclamar en otras palestras.

Por eso no es novedoso que en el campo de la Política (con “P” mayúscula) un subcampo como el deporte y dentro de este el fútbol- espectáculo tenga un espacio importante. Y por vía de esta interdependencia funcional que persigue un fin común: la presencia en la esfera pública, se gesta una de las alianzas más eficaces de la segunda mitad del siglo XX. Eficacia que es interceptada y potenciada por la massmedia: prensa, radio, televisión y desde hace una década por la internet.

Para expresarlo en clave weberiana (1977), la intersección de Política, fútbol y medios de comunicación es un acuerdo que obra con racionalidad con arreglo a fines ¿Cuáles son esos fines? Sin duda los que atienden intereses económicos, de prestigio social y de aceptación pública. Todos ellos se resumen en la procura de la *mimesis metonímica* en el caso de la Política (la suplantación de los éxitos deportivos por parte del estamento político) y la del consumo expedito y masivo para el caso del fútbol- mercancía.

Como ilustración histórica podríamos recitar de memoria los ejemplos más socorridos que vinculan aparatos ideológicos con eventos deportivos internacionales (el fascismo en las Copas Mundo de fútbol en 1934 y 1938; el nazismo en las Olimpiadas de Berlín, 1936); regímenes políticos (particularmente en los Juegos Olímpicos de Moscú 1980, los Ángeles 1984 y el Mundial de Argentina 1978) e incluso reivindicaciones nacionalistas que en la gradación desprendida de la obra de Norbert Elias (2000) puede ir del proceso civilizatorio fuerte del Athletic de Bilbao en España al menos civilizado del “Septiembre negro” en los Juegos de Berlín en 1972. Incluso, llegándose a registrar casos de “la política por otros medios”, al decir de Clausewitz (1933) para referirse a la guerra como el reseñado magistralmente por Ryszard Kapuscinski (1999) en el conflicto bélico entre El Salvador y Honduras en 1969.

Ya un empleo del fútbol por una dictadura como la de Argentina parece imposible, pero un uso de la selección nacional como la hecha por Getulio Vargas en el Brasil sigue siendo viable. Existen tantas expresiones de relación entre políticos en el poder y equipos de fútbol, como gobiernos existan y por ello intentar una tipificación de esos maridajes merece un estudio de más largo aliento. Una cosa es que el presidente mexicano Peña Nieto invite al equipo de fútbol que obtuvo la medalla dorada en los Juegos de “Londres

2012” al Palacio de los Pinos y otra que la presidenta argentina haya puesto el nombre de su marido expresidente –recién falleció- al torneo de fútbol que recientemente coronó campeón al Arsenal de Sarandí. El primero buscaba hacer un reconocimiento social a una gesta deportiva y, de paso, exigir su cuota de agasajo público (mimesis metonímica): aunque en la política siempre se piensa en los votos; mientras que para la mandataria Cristina Fernández el asunto, con innegables motivaciones personales por el duelo, exteriorizaba un sentir muy idiosincrático de ese país: el fútbol en clave política y al revés. Basta leer la obra de Pablo Alabarces (2002), para darse cuenta que las narrativas de patria si bien parten de un presupuesto equivocado: el fútbol (y específicamente la selección nacional) no son la nación; ello no significa que el poder de ese mensaje no tenga, digamos, un cierto éxito en la creencia de que se comparte un algo común (un estilo, una identidad, una marca de origen), originado en el fútbol (Alabarces, 2002).

Asunto distinto fue la empresa electoral de Silvio Berlusconi en Italia (y probablemente de Piñera en Chile y de Macri en Buenos Aires²), vehiculada en su emporio de la RAI y en el mercadeo electoral del AC Milan del que es propietario y otra cosa son los discursos y la propaganda oficial que el actual presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, ha empleado con el fútbol de por medio y específicamente con relación al conflicto interno. Sobre esto último nos vamos a referir de aquí en adelante.

Primeros episodios

Una hipótesis no comprobada, que goza de una amplia recordación en las ciencias sociales en Colombia, es la que asocia el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán –en 1948- con la inauguración de la liga de fútbol profesional en el país. Quizá la razón para que ningún estudio se haya ocupado en serio de esto, es porque dan por suficiente la sospecha de que el campeonato arrancara a escasos cuatro meses del magnicidio, con cierta prisa (de hecho, fue adelantado), en la exótica fecha de agosto (los torneos en Colombia, con pocas excepciones, fueron de febrero a diciembre hasta hace poco que se semestralizaron). Inclusive no es raro encontrar ciertos planteamientos de colegas que aluden esto como un ejemplo de proceso civilizatorio: al fin y al cabo se trataba de

² El actual presidente de Chile, Sebastián Piñera, fue accionista del Colo- Colo y el vigente alcalde de Buenos Aires, Mauricio Macri, fue presidente del Boca Juniors en la época de esplendor del equipo (de 1995 a 2007).

apaciguar los ánimos políticos del bipartidismo con las afiliaciones deportivas encarnados en el fútbol.

El segundo antecedente evocado, de noviembre de 1985, es la instrumentalización que el entonces gobierno de Belisario Betancur hizo del fútbol al ordenar, a través de su ministra de educación, suspender las transmisiones noticiosas que cubrían la toma del Palacio de Justicia del grupo guerrillero M-19, en el corazón político de Bogotá (la Plaza de Bolívar estaba también “tomada” por la prensa) y poner al aire, en reemplazo, un partido de fútbol. El hecho fue tan grotescamente evidente que no requiere mayor explicación. Sin embargo debe leerse más como un hecho aislado, que como una práctica hegemónica existente, por lo menos en esas calendas.

Un corolario de ese episodio fue el eclipse mediático del asesinato del candidato a la presidencia, Luis Carlos Galán, en agosto de 1989, en virtud de la clasificación de Colombia al Mundial de Italia 90. Los dos hechos se inscriben en el exceso como característica nacional. El país con el conflicto interno más antiguo, pero la segunda nación más feliz. El dolor político aliviado por la alegría deportiva; todavía no al contrario.

El tercero aparece en uno de los momentos de mayor gloria del fútbol colombiano: la derrota 5 x 0 a Argentina en las eliminatorias al Mundial de USA 94. Además de los tres puntos y la clasificación directa, estuvo la realización simbólica del parricidio futbolístico: los argentinos contribuyeron (con El Dorado) a la creación y consolidación del campeonato nacional y además las palabras de Maradona en el previo del partido (jugado el 05/09/1993) aludiendo a la infalibilidad de la historia contrastaba con el aplauso que le dio –junto con todo el estadio Monumental de River- a los dirigidos por Pacho Maturana al final del juego.

Esa resonante victoria que posicionó a la Selección Nacional como favorita al título mundial, fue aprovechada por los candidatos presidenciales en sus campañas electorales del 94: Andrés Pastrana utilizó el marcador como aditivo nemotécnico (su número en el tarjetón era el 5) y repetía en el fondo de su invitación televisiva y radial, las imágenes y narraciones de los goles del épico partido. Su competidor, a la postre ganador, Ernesto Samper fue más osado y atrajo a sus filas al número 10 del equipo; su capitán, el emblemático Carlos “el Pibe” Valderrama quien apareció en todas las publicidades. Samper también apelaba a la nemotecnia: su número era el 10 en el tarjetón.

El final de este antecedente evocado no es afortunado: Samper es elegido con ayuda del Cartel de Cali (fue su contrincante perdedor quien lo denunció en el “escándalo de los narcocasets”) y se sostiene en el poder de manera espuria propiciando un periodo de desaceleración económica y desprestigio internacional, principalmente con el gobierno estadounidense³. En lo futbolístico también todo se echó a perder: Colombia salió por la puerta de atrás de la Copa del 94: perdió 1 x 0 con Rumania en el debut, luego cayó contra el equipo que no se podía perder (los locales, que en el imaginario nacional “no existen” en el fútbol) con un autogol del defensa Andrés Escobar y a la concentración en EE.UU llegó un sobre con amenazas de la mafia que obligaba a los técnicos alinear a los futbolistas que ellos exigían. De contera, tras la eliminación, Andrés Escobar es asesinado en Medellín por sicarios apenas dos días después de su regreso de Estados Unidos.

El último de esta serie de recordaciones es el protagonizado por Andrés Pastrana quien vuelve a intentar ser elegido en la presidencia y lo logra. Desde entonces (ya su padre lo había hecho con éxito con el boxeador Pambelé) se muestra como un mandatario amigo del deporte y por ello encabeza la consecución de la sede de la Copa América para Colombia. Objetivo que cumple no sin antes padecer un viacrucis, transmitido diariamente como folletín de novela por los medios, en el que varias veces la sede fue retirada y el certamen cancelado. La historia es bien conocida: la guerrilla de las Farc envía un comunicado de tregua mientras se realizara la competencia; la delegación diplomática que se desplazó a Asunción (sede de la Conmebol) fue inusitada: ministros, alcaldes y el propio presidente rogaron por la no cancelación y la Copa América del 2001 finalmente se realizó sin Argentina y con un Brasil y Uruguay distendidos en sus nóminas. Resultado: Colombia cabalgó el torneo y su éxito fue capitalizado de todas las formas posibles por Pastrana que alzó la Copa en un Campín que lo ovacionó como si fuese el capitán del equipo nacional.

De nuevo el fútbol: un santo sucede a un guerrero

En los antecedentes se vio como en los 80's y 90's casi sin excepción los presidentes de la república comprendieron el valor del fútbol en sus intereses electorales y políticos propiamente dichos. Acaso con Belisario Betancur (1882- 1986) la mirada fue menos cínica

³ A Samper le fue retirada la visa norteamericana; se inicio la “Lista Clinton” que, entre otras, embargó las cuentas y bienes de personas asociadas a los carteles de la droga. Se descertificó al país.

en aquello de disimular una instrumentalización de ese deporte como se comprueba con el partido Millonarios- Unión Magdalena que ordenó transmitir en medio del fuego cruzado de ejército y guerrillas en la barbarie conocida como “el holocausto del Palacio de Justicia”. Claro que su accionar puede ser entendido en la lógica pragmática de un presidente acorralado por la fuerza de los hechos⁴.

No obstante, después Betancur demostraría que no veía en el fútbol un medio para hacer política: renunciaría –en un caso de veras exótico en la historia de la FIFA- a hacer el Mundial que se había programado para realizarse en Colombia en el 1986. Un borrador de explicación es que todavía el fútbol no había alcanzado su poder mediático y el modelo exitoso de negocio que tiene hoy en día. Betancur encarnaba el aislacionismo del país en la región (poca emigración extranjera, baja tasa de salida de colombianos al exterior; poco contacto con “el mundo”) y evidenciaba que la agenda nacional pasaba por otros temas.

El otro paréntesis que no registró relaciones evidentes entre mandatarios y fútbol fue el de Virgilio Barco (1986- 1990) a quien le tocó lidiar los nexos de narcotraficantes con clubes de fútbol (los casos más conocidos son los del Cartel del Medellín con Atlético Nacional y de América de Cali con el Cartel de esa ciudad) que representó buenas actuaciones de esos equipos en torneos internacionales. América fue tres veces subcampeón del torneo; años 85, 86 y 87; mientras que Nacional se alzó con el título en 1989, por lo que apartarse de ese deporte era un acto de sensatez política y –además- esa fue la época de oro de los ciclistas colombianos, “los escarabajos”, en pruebas ciclistas europeas: Giro de Italia, Vuelta a España, Tour de Francia. La postal que emblematisa ese periodo es la del presidente y el “Jardinerito de Fusagasugá” (Lucho Herrera) levantando los brazos en el Palacio de Nariño. En la imagen se ve al presidente septuagenario, emocionado, vistiendo el “maillot” de líder- campeón de la ronda ibérica que el pedalista le regaló.

El otro paréntesis reciente es de los ocho años de la presidencia de Álvaro Uribe Vélez (2002- 2010), en ese periodo, Colombia dejó de asistir a los mundiales de fútbol (el último fue en Francia 1998) y su participación clubística fue anémica. En otro texto demuestro (2010) que ese descenso en la performance deportiva está relacionado con la desarticulación de los carteles de la mafia. La tesis de ese texto no es que las drogas hayan

⁴ Se habla de que hubo un golpe militar de 24 horas en el que la cabeza de mando no fue el presidente ni su ministro de defensa (también militar), sino el coronelato que estuvo al frente de la misión de retoma.

servido para sobornar y amenazar rivales y jueces (cosa que al parecer sucedió de manera esporádica), sino para hacer grandes contrataciones y soportar procesos deportivos que hubiese sido imposible de hacer por las vías legales.

Pero también hubo una distancia no superada en virtud del talante del mandatario y su centro de gravedad ejecutivo: la política de seguridad democrática; en otras palabras, la lucha frontal contra la subversión que desencadenó un debilitamiento objetivo del oponente que se refugió en la clásica estrategia de “guerra de guerrillas” que había abandonado casi una década atrás. Parte de esa política implicaba perseguir a los aliados políticos y económicos de las Farc y Eln lo que produjo un clima de polarización política y un clima de estigmatización que hizo recordar las primeras décadas del siglo en las que comunicar la militancia partidista podía ser un acto suicida. En esos ocho años ni el fútbol sacó al país de esa pugnacidad política. Fue también la época de la relativa desmovilización de los grupos paramilitares y el horror de sus delaciones y de la indignación por las mentiras y verdades no reveladas. Hasta el fútbol se marchitó.

Con la llegada de Juan Manuel Santos (JMS) a la presidencia se presupone la continuidad del régimen uribista (Santos creó el partido político “más pura sangre del “uribismo” —el de la U— y fue su ministro de defensa). Sin embargo, una vez electo, el nuevo presidente se desmarca de su antecesor, provocando una tormenta política de la que hasta el momento ha salido bien librado. JMS nombra rivales políticos del que fuera su mentor en los ministerios y, para sorpresa de todos⁵, desde su discurso de posesión habla de la posibilidad de hacer la paz.

El comienzo de su gobierno, sin embargo, continúa algunas políticas del anterior: así logra la muerte del jefe militar de la guerrilla de las Farc (alias “el mono Jojoy”) y del comandante del secretariado, el máximo líder tras la muerte de Marulanda, Alfonso Cano. No obstante, aun en los discursos de celebración por esas acciones, no deja de mencionar la palabra paz que había sido clausurada desde hacía ocho años.

En paralelo con eso, comienza a emplear las participaciones y los certámenes deportivos para mostrar una imagen de una “nueva Colombia”. Igualmente adiciona a sus

⁵ Siendo ministro de defensa, Santos ordenó (con aprobación de Uribe), el bombardeo a Sucumbios (Ecuador) en dónde se refugiaba un campamento de las Farc. Allí resulta muerto el No. 2 de las Farc, Raúl Reyes. Esto provocó líos diplomáticos con Ecuador. Santos llegó a ser pedido en extradición por ese hecho.

discursos frases, eslóganes que aluden al deporte. Habla de la “Vuelta a Colombia” para bautizar el inicio de sus correrías por el país (con todo el gabinete de ministros) dando informes regionales de su gestión y emplea el marbete de “Segundo tiempo” para hablar de sus segundos dos años para el periodo del que resultó elegido (2010- 2014).

Adicionalmente, ha escogido dos vitrinas de amplio espectro mediático para enviar sus mensajes de felicitación, acompañándolos de su campaña adelantada para la reelección que buscan mejorar su imagen de favorabilidad (empañada por la disputa con su antecesor que aun cuenta con una alta popularidad en las encuestas) para tener el soporte suficiente con que afrontar las negociaciones de paz (hasta hace un año imposibles de aceptar por la llamada “opinión pública”). Una de ellas fue el Mundial Sub 20 realizado en Colombia en junio- julio de 2011 y los otros han sido la Copa América de Argentina 2011 y las eliminatorias al Mundial del Brasil en 2014. Amén de los JJ.OO de Londres.

Mundial Sub 20

Caracterizado por la reproducción lírica –y a la vez desafortunada- de la película “Invictus” (Eastwood, 1999) inspirada en Nelson Mandela y los “springboks” de África del sur. La coincidencias de los entornos del país sudafricano y del sudamericano fueron irresistibles para JMS: ambas naciones envueltas en conflictos internos fuertes, una tuvo un proceso de reconciliación admirable aunque incompleto y la otra (Colombia), pretendía iniciarlo como era el objetivo secreto del presidente y, para vigorizar las semejanzas, quizá un evento deportivo (en la película citada era la Copa Mundial de rugby; deporte heredado de la colonia y en Colombia era la Copa Mundo Sub20 que, según se promocionó, era el segundo evento más importante del mundo –bueno, así se dijo aunque se puso la palabra *mundo* en vez de la palabra *Fifa*) fuese el ‘leitmotiv’ para disparar el proceso.

Sin embargo, la sutileza brilló por su ausencia: JMS remedó, “actúo” el libreto cinematográfico de (Morgan Freeman) y casi nunca se quitó la camiseta de la Selección. Es más, al igual que Mandela en el filme, invitó al equipo a la presidencia y, como si no fuera poco, les rodó la película.

Al final ni lo uno ni lo otro: ni la selección fue el pretendido elemento de unificación nacional; mensaje que se televisó y radió a través de una publicidad que invitaba a los guerrilleros a desmovilizarse y jugar del mismo lado (la invitación se hacía

lanzando balones a las “selvas de Colombia”, con la firma de los jugadores de la Selección, desde helicópteros artillados del ejercito) ni ella mismo resultó un dechado deportivo: en tercera ronda México la eliminó sin mayores apuros. JMS salió con premura a resaltar que lo importante era que el país “le estamos demostrando al mundo que aquí los buenos somos más y que si nos lo proponemos somos capaces de cualquier cosa”⁶. Al final, el presidente consiguió su objetivo: una declaración de Joseph Blatter, presidente de la Fifa, quien expresó que el de Colombia era “el mejor Sub20 de la historia” y que el país estaba preparado para hacer una Copa de mayores. Palabras dirigidas a las audiencias internas y de naturaleza vacía al ser parte del protocolo diplomático (un eufemismo de la hipocresía) de la rectora del balompié mundial en la clausura de los torneos.

Copa América

La Copa América fue la segunda oportunidad que tuvo el mandatario de elaborar metáforas de la performance deportiva cruzadas con el acontecer político. En dos “Acuerdos para la prosperidad” (programa semanal del presidente dónde se reúne con una comunidad en cada oportunidad) vistió la camiseta tricolor, tomando los triunfos sobre Costa Rica, Bolivia y el empate con Argentina como alicientes para “retomar la tarea que este nuevo país adelanta”. Incluso, en el atentado feroz de las Farc al puesto militar de Toribío (Cauca), las palabras del mandatario decían que “triunfos como los del seleccionado de fútbol, ante rivales durísimos, nos invitaban a pensar que con sacrificio, decisión y fortaleza cualquier enemigo por más difícil que sea, a la postre resultará derrotado por quien bien hace las cosas”.⁷ Todo un conjunto de lugares comunes, de frases hechas, pero de gran sentido pragmático.

Un final desafortunado tuvo este episodio de Copa América. Hernán Darío Gómez agredió a una mujer y eso desencadenó una ola de indignación de las redes sociales que hizo que el propio presidente se pronunciara hablando de la “inconveniencia de mantener al ‘Bolillo’ en la Selección”. Sin duda, una medida pragmática que no desentonaba con los pedidos de buscar “desarmar los corazones”. El DT salió y fue reemplazado por un extranjero (Pekerman), tal como fue la petición, vía mensaje de Twitter, del presidente.

⁶ Ver el archivo de audio de las alocuciones presidenciales en el site oficial www.presidencia.gov.co

⁷ Ibídem.

Eliminatorias al Mundial

Y con la llegada de Pekerman, luego de la salida intempestiva del ‘Bolillo’ y el paso fugaz de Leonel Álvarez, la Selección adquirió un renovado aire que el presidente ha sabido capitalizar: después de cada triunfo sus impresiones se pueden leer por twitter y en el último triunfo ante Chile JMS expresó que el país abrió una puerta para un futuro más promisorio. Ir al Mundial y en lo político no cejar en su empeño de buscar la paz.

Conclusión

La retórica política se sirve de la estrategia de encanto- desencanto de las audiencias. Su enunciación busca la persuasión y en otras la disuasión de clientelas políticas y siempre procura la satisfacción de intereses objetivos. El fútbol ha demostrado ser un vehículo versátil de mensajes ya que con él se puede promocionar casi cualquier cosa. La política descubrió eso y lo utiliza a discreción; claro que al fútbol –en cuanto negocio- esa alianza le favorece. Finalmente, todo se puede reducir a su juego en el mercado. Y específicamente el fútbol en Colombia ha jugado un papel determinante en la justificación de empresas políticas, electorales, criminales y gubernamentales.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre; (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Edit. Taurus; España.

Weber, Max. (1921) 1977. *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México.

Elias, Norbert. (2000). *El proceso de civilización*. Fondo Cultura Económica. España.

Clausewitz, K.V. De la guerra (1993) Ed. Ministerio de Defensa de España.

Kapuscinski, Ryszard. (1999) *La guerra del fútbol y otros reportajes*. Ed. Quinteto, Madrid.

Alabarces, Pablo (2002). *Fútbol y patria*. Editorial Prometeo, Buenos Aires.

Quitián, David (2010). *No es cal, es coca: narcotráfico y éxitos deportivos en Colombia en la década del 80*. Ponencia III Encuentro de Identidades, Nacionalismos y Fútbol, México.

Película “invictos”. Director Clint Eastwood. 1999. Warner Bros, Pictures.